

La narración está hecha con gran conocimiento de las materias que maneja, dejando ver la anterior preparación de estos materiales y una reelaboración que es la que le da gran seguridad en la exposición y, diríamos, la intención de abarcar todo. No en vano tanto en las frases citadas como en la Introducción, Villalobos manifiesta un deseo casi teleológico como síntesis final de su vida y su obra. Desea precisamente como lo manifiesta, superar la historia tradicional y ofrecer una nueva historia que sirva de hito para otra visión. Deseo y realización muchas veces no van a parejas y bien podemos estimar que existe una continuidad quizás si ineludible con esa historiografía nacional, decimonónica, principalmente representada por Diego Barros, los Amunátegui y ya en nuestra época por Francisco Galdames y los preclaros maestros e historiadores Guillermo Feliú Cruz y Ricardo Donoso Novoa. Y esta continuidad a la que hacemos mención, no está ni en la concepción ni en los temas; está precisamente en algo más allá que puede considerarse como una escuela o como un estilo. Si bien los antes mencionados no tuvieron la intención de Villalobos y fueron, podríase decir más localistas, el mérito del autor está en llevar toda esa honrosa tradición histórica nacional por el camino de su vinculación universal. Veremos si Sergio Villalobos es capaz de superar esta tarea; tiene los elementos, el amor propio, la disciplina y la constancia necesarios; es el digno representante de ese honroso pasado, quiéralo o no, el cual lo manifiesta vehementemente con su polémico y personal punto de vista al enfocar la historiografía nacional en su Introducción, que si bien puede considerársela poco objetiva o tendenciosa, refleja precisamente lo que afirmamos. Esperamos en bien del futuro de nuestros estudios históricos la aparición del próximo volumen y de la totalidad de la obra.

J. De L.

<https://doi.org/10.29393/At442-42CMJD10042>

CONRADO MENZEL

Mario Cortés Flores, Antofagasta, Universidad del Norte, 1978.

El género de la novela histórica en Chile ha tenido buenos cultores que en pequeño pero entusiasta número han buscado en temas pretéritos y algunos de ellos en duras vivencias, el elemento creador vinculado siempre al acontecimiento real, recreado las más de las veces con poco adorno o con elementos limitantes a la imaginación. Si bien es cierto que el género gusta más al lector que a nuestros escritores, ofrece ricas vetas para quien desee aprovecharlo.

Pero más que cultores, la novela histórica en Chile ha tenido entusiastas lectores desde que nuestros periódicos iniciaran por la década del treinta en el siglo pasado, la publicación de folletines, nacidos al amparo del romanticismo y de novelas de Manzoni, Walter Scott, Dumas, Feval y tantos otros. Este tipo de lectura que fuera tan general en nuestro país hasta los primeros decenios del presente siglo, generó en muchas personas la afición por los estudios históricos y en otros el aprovechamiento de ellos como modelos, pero que no dieron los mejores resultados, quizás si por un defecto muy nacional de una poco desarrollada imaginación creadora.

“Conrado Menzel” es una novela muy particular; podríamos afirmar que muy chilena, genuina y con mucha personalidad en su estructura. En 1.300 páginas se sigue con un indisoluble interés la peripecia de un alemán que llega a radicarse en Chile y que vive principalmente la última época del salitre en toda su dimensión; esto es no sólo en las salitreras sino que —algo que pocos habían realizado— vinculada a todo el ambiente nacional. Si algo tiene “Conrado Menzel” como novela o como relato, volvemos a recalcarlo, es personalidad y construcción propia, buena o mala, libre o caprichosamente construida, pero que es lo que le da y le

dará, así lo esperamos, su importancia futura. Es su relato, ameno y sencillo, el que logra crear la imagen de un ambiente apasionante. Se podría argumentar que el protagonista vive sólo de aventura en aventura amorosa, no muy propia, tal como acostumbramos, de un germano y que más bien acomoda para nuestros estereotipos en un personaje latino. Pero Conrado Menzel es tan real como personaje, que es quien vincula toda la atrayente y fascinante vida que creó nuestro salitre ya en el norte, en las oficinas salitreras y en ciudades como Antofagasta e Iquique, como también en Valparaíso y ocasionalmente en Santiago. Las aventuras de este galán alemán con sus interminables visitas a restaurantes, bares y cantinas, de aquella época, satisfacen y entretienen. Hay páginas que bien vale la pena destacar, tales como aquéllas relativas a su permanencia en Valparaíso, después de su regreso de las salitreras y aquellos capítulos dedicados a Perla, realmente dignos de elogio.

El material intercalado como historia del salitre con los oscuros entretelones políticos y el desenlace de corrupción y tragedia social que desencadenó, desordenan la trama en el segundo tomo de la novela por falta de desarrollo literario, pero, tal como hemos afirmado, la particular estructura y personalidad de la obra hacen de este paréntesis una curiosa y bien informada reseña histórica, con la amenidad de una argumentación subjetiva, llena de entretelones y anécdotas útiles a pesar de ser muchas de ellas juicios parciales. Son los entretelones de una historia oscura y tenebrosa que deterioró gravemente la vida política y social de nuestro país.

No dudamos que "Conrado Menzel" con todo su rico contenido adquirirá con el tiempo, a pesar de sus rellenos y debilidades, su verdadera dimensión.

J. De L.

## Comentarios de Vicente Mengod

### EL ACENTO

De Paul Garde. Traducción del francés de Julio Balderrama. Editorial Universitaria de Buenos Aires. 187 págs.

Sin duda, las imágenes verbales que los seres humanos emplean, establecen la diferencia entre las lenguas. El acento de las palabras y la modulación de los sonidos conserva su categoría de problema.

Paul Garde nos presenta un ensayo metódico. Sus proyecciones de tipo práctico desembocan en los frondosos paraísos gramatical y poético, y también, en los recintos privados, a veces peligrosos, de la "musicalidad" de los idiomas. Delicado es señalar con precisión el punto en donde empiezan y terminan las sílabas. Cada vez que se pasa de una a otra hay variaciones bruscas.

El oído nuestro nos revela que la palabra encierra en sí un principio rítmico, con tiempos fuertes y débiles. De la misma forma que se descompone una frase musical en compases,